5669

Ventura de la Vega

La Huertanica

13

Maestro Puchades

LA HUERTANICA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA HUERTANICA

ZARZUELA COMICO-DRAMATICA

en un acto y tres cuadros

ORIGINAL DE

VENTURA DE LA VEGA

MÚSICA DEL

MAESTRO PUCHADES

Estrenada en el TEATRO ESLAVA de Jerez de la Frontera, la noche del 2 de Agosto de 1904

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1904

¡A mi Mercedes!

Al recuerdo eterno de tu memoria dedica esta modesta producción, que tanto te gustaba, tu inconsolable esposo,

Ventura de la Vega.

Cádiz, 17 de Marzo 1904.

677628

A Lola Ramos

Y DEMAS COMPAÑEROS

A tu corona de artista, debes añadir el laurel conquistado en esta producción: habrá quien haga lo que tú, más, imposible: cuando se llega al sitio que tú has llegado, es por algo: no me extraña que hayas estado colosal: lo anómalo, hubiera sido lo contrario.

Salud Martínez, Antonia Sacanelles, Real, Sánchez-Pino, León, Cerezo, Guillén, Larrica: Gil tocando la dulzaina á las mil maravillas, el Coro general, la orquesta, maquinaria, guardarropa, *todos, todos,* imposibles de mejorar: así se portan los compañeros buenos y por eso recibís en esta página la expresión de nuestro agradecimiento. También á los señores D. Antonio S. Flores, D. Antonio Giménez y D. Gabriel Alvarez, nuestros queridos empresarios, damos las gracias por lo bien que han presentado la obra no omitiendo para ello gasto alguno.

Reciban todos un fraternal abrazo de los autores, amigos y compañeros,

VENTURA DE LA VEGA.

MATÍAS PUCHADES.

La magnífica decoración del segundo cuadro es debida al pincel del reputado escenógrafo *D. Gregorio Lloret.*—Estudio en Jerez, ROSARIO, NÚM. 1.—Estudio en Madrid, HORNO DE LA MATA, NÚM. 17.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANA MARÍA (19 años)....	Doña	Dolores Ramos.
LA GITANA (20 ídem).....		Salud Martínez.
LA PERICONA (80 ídem)..		Antonia Sacanelles.
UNA MOZA.....		Candelaria Carmona.
TÍO CANTARES (60 años).	Don	Ventura de la Vega.
JUAN MANUEL (30 ídem)		Manuel Real.
PENCHO (19 ídem).....		Cristóbal Sánchez-Pino.
ANTONIO (70 ídem) (1)....		Manuel Cerero.
TÍO PENEQUE (70 ídem)..		Santiago León.
TÍO NELO (90 ídem).....		Alfredo Guillén.
TÍO PERICO		Santiago León.
MOZO 1.º....		José Sánchez.
IDEM 2.º..... ..		Manuel Ruiz.
GITANO 1.º.....		Enrique Gil.
IDEM 2.º.....		José Sánchez.
ANDRÉS.....		Manuel L. Larrica.

Gitanos, gitanas, mozos y mozas del pueblo, chicos, chicas, banda de bandurrias y guitarras, tamboril y dulzaina, un aprendiz que no habla

---

Derecha é izquierda las del actor

---

(1) Este papel ha de hacerlo una primera parte por ser la figura principal de la situación más culminante de la obra.

JUICIOS DE LA PRENSA

Un éxito: un verdadero éxito sin reservas por parte del público; un éxito espontáneo y franco. Parecía que el público gozaba en general de la misma idea y que todas las manos aplaudían mecánicamente.

Había anoche gran espectación y muchos deseos por conocer la obra; se ha anunciado mucho y aquí se quiere bastante á D. Ventura, como todo Jerez le llama. Antes de comenzar la obra, había quien decía, pero ¿cómo puede ser de D. Ventura, si dice el programa que es dramática la obra? Pues ahí verás tú, y te convencerás que lo mismo sirve para un *barrío* que para un *fregao*.

Relataremos á grandes rasgos el argumento, que es muy nuevo y muy interesante:

Ana María (Lolita Ramos), no tiene más obsesión que vengar la muerte de su padre, acaecida siendo niña en la puerta de su cortijo, en una noche tempestuosa á la luz de un relámpago; vió la cara del asesino, cuya imagen recuerda y busca en todas partes para saciar el odio que conserva en su corazón: es festejada por infinidad de mozos, á los cuales rechaza porque en su corazón no existe hueco para el amor. Llega *Juan Manuel* (Sr. Real), de América; se enamora de la muchacha y le pinta su pasión en un *grandioso* dúo, que dijeron magistralmente la Ramos y Realito. Aquélla rechaza los amores, diciendo que hasta que no vengue á su padre no puede tener cariño para nadie. El le jura que su faca será la que sacie su justo deseo, y llenos de pasión se juran ambos no descansar hasta encontrar al asesino.

El *Tío Cantares* (Sr. Vega), que es tío de *Juan Manuel* y conoce el secreto del crimen, trata de disuadir á *Ana María*, sin conseguirlo, y entonces le dice que no podrá conseguir su venganza porque él lo impedirá.

Ana María insiste: viene *Juan Manuel* á cantarle á la ventana, según es costumbre en la región, y *Ana María* se asoma á la ventana, y ensoberbecida por la escena que antes tiene con el *Tío Cantares*, le dice á *Juan* que está dispuesta á irse con él por el mundo en busca del asesino.

El *Tío Cantares* lo escucha y los sigue, tratando de impedirlo.

Llegan á Caravaca, donde se celebran las fiestas de la Cruz de Mayo: *Ana* está preocupada y triste, y al preguntarle *Juan* qué es lo que tiene, ésta le dice que «tiene miedo», porque cree llegado el momento de sus ansias y está violenta.

Entra en la iglesia: el *Tío Cantares* habla con *Juan*, y cuando le va á decir el nombre del asesino del padre de su novia y á quien él ha jurado matar, se presenta *Ana* en la puerta de la iglesia, lívida y descompuesta, diciendo á *Juan*: «Ya le he visto: ahí viene: mírale, mátalo.»

Juan saca la faca, y al ir á arrojarse sobre él, un grito del *Tío Cantares* le llama la atención: «¡hijo!», dice el asesino; «¡padre de mi alma!», exclama *Juan Manuel*.

El *Tío Cantares* le dice á *Ana*: «Anda, dile que le mate», y *Ana*, al ver que el asesino de su padre es padre de su novio y no puede saciar su venganza, cae desmayada.

Este es á grandes rasgos el argumento de la hermosa producción de Ventura y Puchades, representada anoche.

La partitura es una obra maestra: inspirada, original sentida y melódica. El concertante, el dúo, la jota, el preludio y el número final del coro y los dos viejecitos son modelos de inspiración, de armonía; bien, maestro: así se sirven las obras.

La decoración del segundo cuadro es una preciosidad: la combinación del celaje resulta de maravilloso efecto, y el pintor D. Gregorio Lloret fué muy aplaudido.

De la ejecución hay que hablar mucho y bueno.

Bravo á todos: orquesta, partes, coros, todos sin excepción, rivalizaron por salir airosos y lo consiguieron. Es natural: era una obra de la dirección y los compañeros pusieron el alma entera en el desempeño de su cometido.

Citaremos en primer lugar á Lola Ramos, cuyo genio artístico se colocó anoche á una altura inconmensurable, inmensa; como cantante, bien, pero donde hizo gala de su delicado arte fué en el parlamento donde describe de una manera admirable cómo asesinaron á su padre y que le valió una tremenda ovación.

El Sr. Vega rayó á gran altura en su papel de *Tío Cantares*, siendo extraordinariamente aplaudido.

El barítono Sr. Real, con su voz potente y bien definida, demostró anoche una vez más ser un barítono de cuerpo entero.

La Srta. Martínez hizo una gitana muy guapa, cantando su partitura con exquisito gusto.

Muy discretos en sus respectivos papeles los señores Sánchez Pino, Guillén y Sra. Sacanelles.

El corista Sr. Gil tocó la dulzaina admirablemente.

En suma: un triunfo de esos que forman época, por el que felicitamos muy cordialmente á los Sres Vega y Puchades y á todos los artistas que tomaron parte en el desempeño de tan hermosa obra, que sin excusa de ningún género, decimos, que es la mejor de las estrenadas en la actual temporada.

Así lo juzgó el numerosísimo público que llenaba por completo el teatro, el que llamó infinidad de veces al palco escénico á los autores y artistas al finalizar la representación.

La orquesta, bajo la hábil batuta del Sr. Puchades, hizo verdaderos prodigios, y todos los elogios nos parecen pocos para los notables profesores que la forman

El público salió muy satisfecho del estreno, como igualmente de la labor de todos los artistas.

Los Sres. Vega y Puchades fueron muy felicitados después de la represensación por muchos de los asiduos concurrentes al teatro.

Esta noche se repite en segundo lugar y excusado es decir que tenemos llenos y *Huertanica* para muchos días.—*(El Mensajero.)*

***

Anoche presentaba el Teatro en la tercera sección, el aspecto de las grandes solemnidades, siendo el lleno completo, al extremo de agotarse todo el papel en taquilla, por un público ávido de conocer la obra que se estrenaba y que confirmó las esperanzas que en el exito tenían autores y actores.

La huertanica es una obra verdaderamente hermosa. Su autor D. Ventura de la Vega, tiene dadas á la escena infinidad de obras que han sido aplaudidas y en las cuales ha retratado siempre su carácter alegre y divertido; pero quien tan ventajosamente tocó siempre la nota cómica, ha querido demostrarnos que también toca la dramática, consiguiéndolo con verdadera maestría: tiene *La huertanica* escenas admirables, tipos hábilmente dibujados, ambiente, color, poesía.

El papel de la protagonista, de un naturalismo grande, pinta soberbiamente el carácter de una mujer egoista que sólo alimenta en su pecho una pasión: la venganza. Ante ella mataron á su padre en la huerta y la figura de aquel asesino que la dejó en la orfandad, no se borra de su imaginación; á pesar del tiempo transcurrido, sólo alienta por vengarse y á los mozos del pueblo que la festejan y pretenden, pone por condición para aceptarlos la de que han de buscar al hombre que asesinó á su padre y matarlo.

Juan Manuel, recientemente llegado al pueblo después de una larga ausencia, enamorado de ella, acepta la condición aprestándose á satisfacer su vengativo deseo, y para intentar buscar al asesino, dispónense á marchar á un pueblo próximo donde hay fiestas. El *tío Cantares*, que es tío del novio, enterado de estos planes, los sigue al pueblo, declarando allí á Juan Manuel que debe desistir de sus propósitos, porque aquel asesino que buscan fué su propio padre que obró impulsado también por una venganza, pues el padre de la huertanica había antes matado inicuamente al anciano abuelo de Juan Manuel.

En la iglesia, donde se celebra una función religiosa, ve la huertanica al asesino; salen y ella señala quién es á Juan Manuel y al reconocer éste que es su padre, arrójase en sus brazos, entre la desesperación de la novia que ve fallidos sus deseos de venganza.

La obra está esmaltada entre la parte dramática, de escenas muy graciosas.

La música es notable: bien puede estar convencido el inteligente maestro Sr. Puchades de que ha de deleitar á cuantos la escuchen y bien lo demostró anoche el público aplaudiéndolo en diferentes pasajes de la obra, sobresaliendo el hermoso concertante del primer cuadro, el dúo que es una filigrana y el inspirado preludio del segundo cuadro en que la música y el decorado recuerdan en admirable colaboración el tema de la obra.

La decoración de este cuadro debida al pincel de nuestro paisano el inspirado artista D. Gregorio Lloret, fué unánimente elogiada; es de lo mejor que ha pintado: efecto de luna sobre un paisaje murciano, en el que aparecen á la izquierda de la carretera las tapias de la huerta á cuya puerta se cometió el crimen, tema de la obra; los reflejos de la luna sobre las paredes, el suelo y los árboles son de un efecto prodigioso, como así mismo el segundo término de la decoración en que durante el preludio, núblase el cielo, descargando una tormenta y despeja luego volviendo á lucir la luna.

La interpretación fué en general esmerada, pues todos trabajaron con cariño y con acierto, pero muy particularmente la Srta. Ramos que desempeñó el papel de la protagonista y que nos demostró cumplidamente que la flexibilidad de su talento la lleva á interpretar un papel dramático con el mismo acierto que uno cómico, cantó admirablemente el dúo con el Sr. Real quien igualmente rayó á la altura de sus reconocidísimos méritos.

Al finalizar la representación fueron llamados á escena recibiendo delirantes ovaciones multitud de veces, libretista, músico y pintor, á los cuales desde estas columnas enviamos nuestro parabién por el éxito, uniéndolo á las muchas felicitaciones que anoche recibieron. —*(El Guadalete.)*

*
* *

Si el popular y simpático Ventura de la Vega no hubiera en muy diferentes ocasiones probado que es tan buen actor cómico como excelente autor, el franco y legítimo triunfo conseguido anoche con *La huertanica*, sería bastante para acreditarlo como tal.

Hasta ahora, Ventura de la Vega había escrito muchas obras, cómicas en su mayoría, logrando los aplau-

sos del público por su gracia y su donaire pero se propuso demostrar que no era sólo el género humorístico el que podía cultivar, sino que para el dramático tenía también excepcionales facultades y escribió *La huertanica*, obra seria, bien pensada y con situaciones dramáticas de alto relieve que emocionan al público muy hondamente.

La acción dramática de la fábula que forma el argumento de *La huertanica*, no es de una sensiblería cursi, como es casi corriente en esas obras tristonas del nuevo género chico; todo lo contrario: el argumento es sencillo, natural, fácil y muy posible, y los personajes no son seres extraordinarios, con caractéres excepcionales y afectos y pasiones poco comunes, y que por lo mismo no pueden comprenderse fácilmente por la generalidad de los mortales.

Los personajes de *La huertanica* piensan, sienten y obran en las circunstancias en que se encuentran al desarrollarse la acción dramática, con naturalidad, con impulsos lógicos y como procedería la mayoría de la gente Por eso el público anoche se identificó con la obra, la comprendió perfectamente y la aplaudió con entusiasmo.

El tipo de *Ana María* quizás parezca poco real, porque no lo anima más que un gran rencor y un exagerado espíritu de venganza; pero está tan bien hecha la escena en que *Ana María* describe el asesintoo de su padre, su dolor y su orfandad, que parece natural que aquella mujer no piense más que en vengar al desgraciado autor de sus días, vilmente asesinado.

Como antes decimos, *La huertanica*, sin dejar de tener notas cómicas oportunísimas para no sostener mucho tiempo en tensión el ánimo de los espectadores, es interesante en su argumento muy hábilmente desarrollado y el final de gran fuerza dramática.

A pesar de esto, *La huertanica* no es una zarzuela de efecto teatral, es una obra que interesa profundamente, llega al alma y hace pensar y sentir. Este es el mejor triunfo logrado por Ventura de la Vega, como autor.

La música del maestro Matías Puchades es una filigrana, y en ella ha puesto el autor toda su alma de artista.

Compenetrado el músico con el libretista, ha sabido hacer una partitura que encaja perfectísimamente en

en las situaciones escénicas, y todos los números ajustan por su factura al desarrollo de la fábula.

El primer número, alegre y regocijado, va, á medida que la acción dramática se inicia, haciéndose serio y sentido hasta concluir en un magnífico concertante de gran efecto.

Luego, con un dúo de tenor y tiple valiente, hermoso y apasionado, logró al maestro una gran salva de aplausos.

Una serenata preciosa, un preludio inspiradísimo y un bailable muy bonito, forman la partitura de *La huertanica*, toda ella inspiradísima.

Seguramente en audiciones sucesivas el público apreciará las bellezas todas de tan admirable composición.

Lola Ramos quiso demostrar que es tan buena tiple cómica como dramática y bordó el papel de *Ana María* interpretándolo en su justo medio y matizándolo con filigranas de ejecución al alcance tan solo de artistas de tanto talento como ella.

Muy bien, muy bien la Srta. Martínez en su papel de gitana, que caracterizó perfectamente y cantó con exquisito gusto.

El Sr. Real cantó muy apasionadamente el dúo con *Ana María*, y en toda la obra mereció aplausos.

No hay que decir que Ventura de la Vega estuvo más que nunca feliz en el desempeño de su papel, tanto en la parte cómica como en la dramática.

Los demás artistas, todos, todos muy bien en sus papeles, logrando que la ejecución fuera admirable.

Se conoce que la compañía toda estaba interesada en contribuir al mejor éxito, significando con ello cuanto quieren y aprecian á sus directores los señores de la Vega y Puchades.

En el segundo cuadro se estrenó una preciosa decoración pintada por el Sr. Lloret, que ha hecho una ermosa nota de color de mérito y de gran efecto.

El público, durante la representación, aplaudió en distintas ocasiones algunas escenas y números de música, y al final llamó al palco escénica á los autores y actores y al Sr. Lloret, que salieron muchas veces á dar las gracias por la ovación bien ganada que el público le tributaba.

Nuestra enhorabuena á todos por el triunfo ganado en buena lid.—*(El Eco de Jerez.)*

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Plaza a todo foro en los arrabales de Murcia; en primer término de la izquierda fachada con portalón grande que figura ser la herrería del Tío Cantares; en la pared derecha é izquierda de la fachada una argolla grande para atar el ganado. Sobre la puerta una muestra que dice: HERRERÍA DE BASTIÁN, en la puerta de la herrería un banco de madera, una espuerta con herramientas, martillos, tenazas y todo lo concerniente al oficio de herrar caballerías. A la derecha en segundo término, casita de planta baja con puerta y ventana practicables. En la ventana dos ó tres macetas con flores. Es de día, á media tarde.

ESCENA PRIMERA

Aparecen el TIO PERICO sugetando una pata de un caballo que está amarrado á la argolla y que está herrando el TIO CANTARES, al que le ayuda un aprendiz. A la derecha DOS GITANOS esquilando un burro. En el centro, casi pegado al telón de foro, una Mujer del pueblo conversando con un Mozo. PENCHO sentado en el banco de la herrería, enciende un cigarrillo. A poco LAS GITANAS, el CORO GENERAL y CHICOS y CHICAS por el último término derecha. Luego JUAN MANUEL por la derecha

Música

T. CAN. Vamos, tío Perico,
sugete usté el jaco.

T. PER. No se quié estar quieto
este condenao.
T. CAN. Sóo potro. ¡Demonio!
con el animal.
T. PER. Ande usté con tiento
que tira patás.
GIT. 1.º ¡Vaya un borriquito!
GIT. 2.º ¡Da gloria mirarlo!
GIT. 1.º Hecho un señorito
yo voy á dejarlo.
T. CAN. ¡Sugete usté el potro!
T. PER. Valiente ratito.
PENCHO Es que está furioso
el animalito.

(Coro general, Chicos, Chicas y tres Gitanas; una de ellas saca un niño de pecho y otro de la mano, la otra una canasta vieja de mimbre echada á la espalda. La Gitana que canta no saca nada. Mucha animación. Cuando canta la Gitana, el tío Cantares deja el trabajo.)

CORO } Que cante, que cante,
CHICOS } que baile la gitana.
GIT. Callarse, condenaos,
y no tener más guasa.
Cantaré una canción
si me dais el parné.
¡Escuchar!
TODOS ¡Atención!
GIT. Oirme bien. (Todos hacen corro.)
¡Ay, lerele, lerele, leando!
vaya un movimiento
que tengo bailando.
Vaya unos andares,
vaya una finura,
misté qué caeras,
misté que cintura.

—

Yo tengo en la cara un cielo,
yo tengo en la boca mieles.
Mis ojos son dos luceros;
mis labios son dos claveles.

—

No hay naica en el mundo
que tenga más gracia,
ni en el Sacro-Monte
ni en Sierra Nevada.
Lerele, lerele, lerele
leando.
Vaya un movimiento
que tengo bailando.
Misté qué salero,
misté que finura,
misté que caeras,
misté que cintura.
¡Ay, lerele, lerele, leré,
vaya una guasita
que se trae usté.

(La Gitana baila, el Coro la jalea y hace palmas.)

CORO — Misté qué salero, etc.

(Terminado el tango la orquesta continúa tocando para el siguiente recitado.)

T. CAN. — (No lo pueo remediar. Estas cosas me descomponen.)

T. PER. — Bien ha cantao la gitana.

UNOS — ¡Olé!

OTROS — ¡Graciosa!

GIT. — Muchos olés y muchas palmas, pero otavía no me habéis dao una perrica pa estas creaturillas que están esmayaítas de hambre.

UNO — ¡Toma! (Le da una moneda.)

GIT. — Gracias. ¿Te igo la buena ventura?

UNO — No.

GIT. — (A Pencho.) ¿Y á tí?

PENCHO — ¿A mí?

GIT. — (Cantado.)
¿Quieres que te iga
la buena ventura?

PENCHO — Dísela á tu abuela.

GIT. — (Valiente asaura.)
Tú tienes ojillos
de ser generoso.

PENCHO — Si no tengo un cuarto.

GIT. — No seas roñoso.

T. CAN. — Lo que es por ahora
ya hemos acabao.

(El aprendiz recoge los bártulos y se marcha á su herrería.)

PENCHO ¡Jesús con el jaco,
qué rato me ha dao!
(Desata al caballo y se lo lleva.)
GIT. 1.º Vaya unos dibujos;
mira qué letrero;
dice, «¡viva España».
GIT. 2.º ¿Dónde?
GIT. 1.º ¡En el pescuezo!
GIT. 2.º Este borriquito
vale un dineral.
(La Gitana trata de convencer á Pencho, éste se excusa. Mucha animación.)
GIT. 1.º Hecho un señorito
se ha queao ya.
GIT. (A Pencho.)
Deja que te la iga
y no resele,
y me das una perra
pa los chorreles.
PENCHO Déjame de historias,
que me estás cansando.
Te he dicho cien veces
que no tengo un cuarto.

ESCENA II

DICHOS y JUAN MANUEL, tercera derecha

J. MAN. Tengan buenas tardes.
T. CAN. Hola, Juan Manuel.
PENCHO Bien venido seas.
J. MAN. Que Dios guarde á ustés.
GIT. (Acercándose cariñosamente á Juan Manuel.)
Oyeme, gracioso,
á buen tiempo llegas.
¿Quiés que te la iga,
te acierto una pena
que tienes mu grande
en el corazón?
J. MAN. Dime lo que quieras.
GIT. Pues venga tu mano
y presta atención.

TODOS Oigamos lo que dice.
Chitón, chitón.
GIT. En el nombre del cielo
que todo lo sabe.
Esta raya dice
que unas ducas grande.
en el pecho sientes
por una mujer,
y por más que le cuentas tus penas,
aun no has conseguío
lograr su querer.
Esta raya dice
que dejes su amor,
porque ha de llevarte
á tu perdición.
En el nombre del cielo
que todo lo sabe;
quizá su cariño
te lleve á la cárcel,
que por mal camino
te guía su amor
y ha de ser la causa
de tu perdición.
TODOS Y ha de ser la causa
de tu perdición.
J. MAN. (Quizá la gitana
me diga lo cierto;
quizá ella sea
quien tenga razón.)
GIT. En el nombre del cielo
que todo lo sabe;
esa niña es dueña
de tu corazón,
y pa conseguirla
me dicen las rayas
que ha de ser la causa
de tu perdición.
J. MAN. (Quizá ella sea
quien tenga razón.)
TODOS Y ha de ser la causa
de su perdición.
GIT. En el nombre del cielo te juro
por tos mis chorreles
que he dicho verdá.

TODOS — En el nombre del cielo te jura
por tos sus chorreles
que ha dicho verdad.

Hablado

J. MAN. — Pues señor, como aciertes estoy divertío.

GIT. — Quizás argún día te acuerdes de la Gitana. ¿Conque no me das una perrilla, retegracioso?

J MAN. — ¡Toma! (Dándosela.)

GIT. — Bendito sea hasta el cura que te bautizó, mocito bueno. (Dirigiéndose á Pencho.) ¿Y tú? Vamos, resalao. ¿Te la igo? Anda, hombre, que tiés ojillos de gobernaor.

PENCHO — ¿Quieres que yo te la diga á tí?

GIT. — Pero, ven acá, esaborío, que paece tu cuerpo un arfiletero; si esa es una harbelidá que solamente tienen los cañís; los gachés no servís pa esas cosas.

PENCHO — ¿Que no? Mejor que tú.

GIT. — Mar fin tenga tu cuerpo; mejor que yo naide. ¿Conque me das un perrilla pa alimentá á los chavales? Mira esta probecita criatura (Por la de pecho.) que está jambría y á este probecito (Por el otro.) que no le farta más que un cuarto de hora pa morirse. ¿Me la das?

PENCHO — No puedo.

GIT. — Anda, hombre, no seas asina, que vas á hacer que quiebre el Banco e España.

PENCHO — ¿Yo?

GIT. — Claro; ¿no ves que te estás guardando tó el dinero?

PENCHO — Sí, sí; ¡pues no he gastado yo mucho que digamos!

GIT. — Habrá sío el año pasao. En fin, hijo, quéate con Dios y no gastes tanto, que te vas á arruinar.

PENCHO — Adiós, rumbosa.

GIT. — Más que tú; ¿me has dao tú argo?

PENCHO — En cambio tú me estás dando la lata hace una hora.

GIT. — ¿La lata yo, esaborío?

PENCHO (La voy á acharar.) Oye, Gitana, ¿te digo una cosa? acércate. (La Gitana se acerca y Pencho le habla al oído.)

GIT. (Muy enfadada.) Quita de ahí, guasón, que eres un pitillo de á real. Mal ángel, que tiés una cara que paece una esponja. Amonos. (Vanse todos por diferentes sitios. La orquesta ejecuta algunos compases del número.)

ESCENA III

JUAN MANUEL, TÍO CANTARES y PENCHO

J. MAN. Tío Cantares, ¿ha oído usté lo que ha dicho la Gitana?

T. CAN ¡Sí!

J. MAN. ¿Y... qué?

T. CAN. ¡Que puá ser que tenga razón! Esa mujer es capaz de volver loco al mismísimo demonio. Son muchos los que han querío festejar con ella, y á tós les ha salío con la mesma canción. Hasta Pencho...

J. MAN. ¿También tú?

PENCHO ¿Y qué? ¿No tengo yo mi corazoncito como cualquiera? Y además que no soy tan feo, y aunque lo fuera, ya sabéis el refrán: «Siempre fué la desgracia con la hermosura» y lo que ella despreció... otras...

T. CAN Lo despreciarán también.

PENCHO ¡No, señor, que ya lo han despreciao!

T. CAN. ¿Lo ves?

J. MAN. El caso es que á veces me da á entender que siente por mí algo más que amistad, y me mira de un modo... clava sus ojos en mí de una manera que parece que con su mirá me dice: «te quiero», y cuando yo se lo pregunto, cuando su boca va á repetir lo que sus ojos dicen, cuando su cara se enciende como la grana, palidece de pronto, el llanto apaga el fuego de sus ojos, me mira triste y llora, llora como si en su interior tuviera una cosa muy grave que la impidiera quererme.

T. CAN. No te fíes; esas lágrimas, son pa colarte más; ya sabes el cantar que dice...

«Las lágrimas de mujer,
son cual nube de verano;
en cuanto caen cuatro gotas
al punto se quea raso.»

J. MAN. Sí, pero esa mujer no es como todas.

PENCHO Ni todas las nubes son de verano.

T. CAN. Quizás sea peor que toas, suponiendo que haiga alguna mejor. ¡Si no hay ninguna buena!

«Una mujer fué la causa
de la perdición primera.
¡Qué bien estaría Adán
si no hubiese sío por Eva!»

¡Condenás! No debía existir ninguna.

PENCHO Pues yo opino al revés; yo creo que si no hubiera Evas, andaríamos todos hechos unos adanes. La mujer es lo mejor del mundo.

T. CAN. ¿Qué sabes tú? ¿Cuántas veces has sío casao?

PENCHO ¿Yo? Ninguna, pero... (Con mucha intención.)

T. CAN. Pues ahí verás tú; yo lo he sido, y si te hubiera pasao á tí lo que á mí, pensarías como yo.

PENCHO ¿Y qué le ha pasao á usté?

T. CAN. Pues verás; me casé con una mujer que parecía mismamente la Virgen de las Maravillas, por lo modosa, lo bonita y lo buena; era más hermosa que un sol y más trabajaora... tó el día estaba comiendo. María del Carmen, le decía yo, ¿me quieres? y sin perder momento rompía á llorar y me decía... mucho, mulo de mi alma, burro de mi vida, bestiá mío. Yo, mientras me decía mulo, burro y bestia.. me alegraba porque cuasi tenía razón, pero anda, que un día cuando llevábamos poco más de un año de casaos, le volví á preguntar que si me quería, y en lugar de llorar se puso muy contenta, y con una carica muy risueña y asín como si quisiera tomarme el pelo me dijo: «sí, borrego

mío», y eso ya no me gustó tanto. No me llames así, le dije, porque se empieza por una broma y luego acaba uno teniendo disgustos de consideración. Como mi mujer era tan guapa, siempre había alrededor de mi casa un enjambre de señoritos y de mozos, y hasta los había que traían dos veces al macho tós los días, con pretexto de que estaba enfermo ú de herrarlo. El uno le decía una cosa, el otro otra, y hasta hubo un señorito que pretendió que yo le enseñara el oficio, porque decía que le tenía afición y que le daba lástima que yo trabajara tanto.

PENCHO Para ayudar á usté.

T. CAN. Asín lo comprendí yo, y le dije: el hierro de mi casa lo ablando yo solo, sin necesidad de que nadie me ayude. Nunca lo hubiera dicho. Se enfadó, y á los pocos días se marchó del pueblo. Yo principié á escamarme, y como hombre prevenido vale por dos, tomé la precaución de encerrar á mi mujer en el granero durante el día. Una tarde, poco antes de concluir mi trabajo, pasaron unos mozos por la plaza, y delante de mi misma puerta echaron la siguiente copla:

«El pájaro que es rabioso
no sirve encerrarlo en jaula,
porque en cuanto te descuidas
abre la puerta y se escapa.»

Yo me reí de la copla y dije para mis adentros: por eso cierro yo la puerta y me guardo la llave. Llegó la hora de sacar del encierro á mi mujer, subo al granero, abro la puerta... y, efectivamente, la pájara había volao.

PENCHO ¡Estaría rabiosa!

T. CAN. ¡El que estaba rabioso era yo!

J. MAN. ¿Y cómo había desaparecío si tenía usté cerrá la puerta?

T. CAN. Porque se me había olvidao cerrar la ventana.

PENCHO ¡Tiene gracia!

T. CAN. ¡Pues á mí maldita la que me hizo! Ahí tiés

explicao por qué le tengo tanta rabia á las mujeres.

J. MAN. Vuelvo á repetir que toas las mujeres no son lo mismo.

PENCHO Ni todos los graneros tienen ventana.

J. MAN. Sea lo que sea, el caso es que la quiero, y que me tiene trastornao el sentío, y por conseguir su cariño, por hacerla mi mujer, sería capaz de... qué sé yo; no quiero seguir hablando, porque Dios sabe hasta dónde podría llegar.

T. CAN. Pues es preciso que se te vaya quitando eso de la cabeza, porque esa no puede ser tu mujer.

J. MAN. ¿Por qué razón?

T. CAN. No lo sé. Tú debes tener juicio y pensar como piensan los hombres; no vayas á comprometerte á cosas que no puedas cumplir.

J. MAN. ¡Por ella todo!

T. CAN. ¡Bah! Tienes razón; te falta un sentío.

PENCHO (Que habrá estado mirando á la derecha.) Ahí viene con su cestico de ropa. ¡Qué guapa! ¡Vendrá de la acequia! ¡Oye, si te casas acuérdate de cerrar la ventana!

T. CAN. (¡No hay miedo!)

PENCHO (¡Y que no tenga yo valor pa regañar con éste!)

ESCENA IV

DICHOS y ANA MARÍA por la tercera derecha; saca una cesta con ropa lavada, que dejará á su salida á la puerta de su casa

Música

ANA (Dentro.)
Cantando voy mis penas
por esos campos;
mis coplas son de angustia,
de duelo y llanto.

J. MAN. Es ella. Sus canciones
llegan al alma.

T. CAN. (Preciso es que me entere
de lo que hablan.)

PENCHO Me marcho, tío Cantares.

T. CAN. Yo hago lo mesmo. (Vase herrería.)

PENCHO (Al mirar esas cosas,
¡qué rabia tengo!)

(Pencho se retira por el lado izquierdo tercera caja. El tío Cantares quedará un momento oculto, pero viéndolo el público, tras el quicio de la puerta de la herrería: á poco desaparece.)

ANA (Sale sin ver á Juan.)
El cielo me guíe
y el cielo me ampare
y yo encuentre pronto
al vil asesino que mató á mi padre;
juré su venganza
sobre su cadáver,
y juro que el día
que yo lo descubra
habré de vengarle.

J. MAN (Acercándose muy cariñoso.)
Blanca paloma,
flor de romero;
boca de rosas,
ojos de cielo.
Yo tus pesares
mitigaré.
Yo la alegría
darte sabré.

ANA Ni tus palabras
ni tus promesas
ni tus amores
mis ojos secan.
La pena llena
mi corazón
y en él no cabe
otra pasión.

J. MAN. Ten serena el alma,
cese tu quebranto,
recobra la calma,
mitiga tu llanto.
Siento inmensa pasión
que me atrae hacia tí.
Siento que el corazón

con violencia del pecho
se quiere salir.
Si yo logro alcanzar
de tu amor dueño ser,
lo que yo te he de amar
has de ver.

ANA — Yo no sé si por tí
sentiría pasión,
sólo sé que no puedo entregarte
mi corazón;
que un insondable abismo
nos separa;
no quiero yo asociarte
á mi desgracia.
No tienes tú la culpa
de lo que me sucede.

J. MAN. — Vivir sin tí no puedo.
Si acaso he de perderte
prefiero que mi vida
el cielo se la lleve.

ANA — ¡Dios mío de mi alma
tened piedad de mí!

J. MAN. — Aquello que tú ordenes
habré yo de cumplir.

ANA — ¡No puedo!

J. MAN. — ¡Por Dios, Ana!

ANA — ¡No puedo!

J. MAN. — ¡Por piedad!
¡No me desaires,
por caridad!

ANA — ¿Si acaso te dijera
que vengues á mi padre?

J. MAN. — (Con decisión.)
Mi faca solamente
pudiera contestarte.

ANA — Juntos iremos
hasta encontrarle,
y el vil asesino
que mató á mi padre,
pagará con su vida la angustia
que siento en el pecho
tan honda y tan grande

J. MAN. — ¡Yo lo aseguro!
¡Yo te lo juro!

ANA — A mi padre, tu mano
vengar sabrá,
y mi vida y mi alma
tuyas serán.

J. MAN. — Tu vida y tu alma
mías serán.

Hablado

J. MAN. — Ya lo sabes. Por tí estoy dispuesto á todo. ¡Manda!

ANA — ¡No puedo!

J. MAN. — ¡Manda!

ANA — No; no quiero que por mí expongas tu vida ó pierdas tu libertad.

J. MAN. — ¿Mi vida? Si mi vida eres tú; sin tí, me sobra todo. ¿La libertad? ¿Acaso gozo yo de libertad? Mi pensamiento, mi alma, mi corazón, se encuentran prisioneros en las redes de tu cariño. Tú lo eres todo para mí. Aire, luz, calor, todo. ¡Tú eres mi vida!

ANA — (Muy triste y muy bajito.) ¡Ay!

J. MAN. — No habrá en el mundo seres más desgraciados que nosotros. ¡Tú, huérfana y sin amparo! Yo, cuando hace dos meses regresé de América (á donde fuí hace seis años), me encuentro con que nadie me sabe dar razón de mi padre, ni aun el tío Cantares, único pariente que me queda. Estamos casi iguales: Dios te crió para mí. Te puso en mi camino; te ví; cegaron mis ojos pa toico el mundo, ande miro no veo más que tu cara, tu cara triste, triste siempre. En vano intenté seguir buscando á mi padre. Tus ojos me miraron y sentí un no sé qué, que me atrajo hacia tí. Vacilé un momento luchando entre el cariño de mi padre y la pasión que encendiste en mi pecho. Volviste la cara, me miraste de nuevo y sin darme yo mismo cuenta de lo que hacía, te seguí, loco, ciego, completamente trastornao del sentío! ¿Fuí yo? No; fué Dios quien me obligó á quererte, y si no fué el Dios de los

cielos, fué tu cariño, que es el Dios que venero sobre la tierra.

ANA ¡Ay!

J. MAN. ¿Que hay que buscar al asesino de tu padre? ¡Le buscaremos! ¿Que hay que matarle? Calcúlate si tus ojos harán que mi faca se hunda en el pecho del asesino.

ANA Verás como fué: Tendría yo unos catorce años escasamente. Como cuando yo nací mi madre perdió la vida, mi padre me llevaba con él á todas partes porque decía que tenía miedo de dejarme sola y miedo también de verse sólo. A la salida de Murcia, á una media lengua no más, teníamos un piacico de huerta que era lá que nos daba pa comer, á fuerza del sudor que mi padre vertía sobre ella trabajando sin cesar desde que salía el sol hasta que obscurecía. Mi padre, que casi siempre estaba alegre y contento, me dijo un día en que su cara no mostraba la alegría de siempre: «Mañana he de dejarte sola; tengo que ir á Murcia y no puedo llevarte. No llores; vendré pronto.» Al día siguiente se fué á la capital y cuando por la tarde volví á verle, noté en su mirada una tristeza que más que pena llegó á darme miedo. ¿Qué tiene usté, padre? Parece como si le hubieran á usté cambiao. ¡Ya no me quiere usté! Decirle esto y cogerme en brazos y comerme á besos, fué cosa de un segundo. Sentía yo que me corría una cosa por la cara, que me quemaba al mismo tiempo que corría, y secándome con la punta del pañuelo, le dije: ¿qué es esto? y muy entristecío me contestó: sudor. Cogí su mano y estaba fría; besé su frente, helada también, y ví que su pecho se agitaba y que de sus ojos brotaban lágrimas. ¿Usté tan valiente está llorando? Pues ahí tienes tú, me dijo, yo que no temo á nadie, te temo á tí; temo que un día pudieras llegar á maldecirme y siento rabia, pena y... que sé yo; quisiera que el cielo me arrancara esta vid». Por Dios, calle usté, padre, ¿maldecirle yo?

no me entristezca usté. Con la conversación se echó la noche encima y unos nubarrones negros como las penas que mi padre escondía en su pecho, amenazaban descargar su furia contra nosotros quitándonos en un segundo lo que habíamos tardado tanto tiempo en conseguir; el fruto de nuestro trabajo. Vámonos á costar padre; la noche amenazaba lluvia. Se oyó un trueno lejano. Mi padre me cogió del brazo y, temblando como una criatura, me llevó hasta el caserío. Un relámpago nos alumbró el camino. La lluvia caía ya con fuerza. Antes de llegar á la casa se oyeron fuertes golpes en la puerta de la tapia. ¿Quién es? gritó mi padre malhumorado, y una voz triste le contestó: «Un arriero que pide auxilio.» No abro, dijo mi padre, y yo, compadecida, le dije: abra usté, padre, pobre hombre. ¡Nunca lo hubiera dicho! Llegamos á la puerta, abrió mi padre, y de repente, una voz que conservo en mi oído, una voz estridente, de horrible ansiedad, le gritó: «¿Me conoces?» ¡Compasión! exclamó mi padre cayendo de rodillas. ¡Así vengan los hijos á sus padres! Exclamó aquel hombre, y clavó su cuchillo en el pecho de mi padre. Un relámpago iluminó su cara, su cara que no se borrará nunca de mis ojos, la tengo aquí, aquí, y no puedo arrancarla por más que quiero Con sangre perdí el único cariño que tenía en el mundo y con sangre quiero tener el primero. Busquemos al asesino de mi padre y cuando yo te diga ese es, cuando yo vea clavar tu cuchillo en su corazón, cuando la sangre de su cuerpo salpique mi cara como me salpicó la de mi padre, yo te gritaré con todas mi fuerzas abrazada á tu cuello, tuya es mi alma, mi cariño, mi vida. ¡Así vengan los hijos á sus padres!

J. Man. Así vengaré al tuyo.

Ana ¡Asesino! gritó mi padre cayendo al suelo bañado en sangre, mientras el otro corría, corría sin descanso. Un trueno ensordecedor

retumbó en el espacio. «Así vengan los hijos á sus padres» repitió desde lejos, y el eco de las montañas volvió á repetir aquellas palabras que aun suenan en mi oído. ¡Socorro! grité con toda mi alma. ¡Socorro! Nadie me contestó. Solamente el eco repetía mis frases. Sentí pasos, volví á gritar con todas mis fuerzas. Tres arrieros llegaron hasta el grupo de muerte. ¿Qué te pasa? Mi padre se muere... lo han asesinado. ¿Acaso fuiste tú? gritó uno de ellos. Se incorporó mi padre, me besó en la frente. No, ella no; ha sido... él... y lanzó el último suspiro. Rasgóse el cielo, se disiparon las tinieblas. «Así vengan los hijos á sus padres» repitieron los montes, y la luna alumbró aquel triste cuadro. Tres hombres de rodillas; una niña llorando y el cuerpo de mi padre sobre la tierra. (Ana llora silenciosamente.)

J. MAN. (Pausa.) Cálmate. Tu pena es la mía; mía será también tu venganza.

ANA Y mi cariño.

J. MAN. Recorreremos el mundo entero hasta encontrar, tú al asesino, yo á mi padre. Mañana es la fiesta en Caravaca; iremos juntos. Vendré á buscarte.

ANA Adiós. (Vase puerta derecha.)

J. MAN. Que El me ilumine. (Vase izquierda segundo término.)

ESCENA V

PENCHO sólo, sale por la izquierda último término, á poco TÍO CANTARES por la herrería

PENCHO Gracias á Dios que se ha marchao ese zángano. No sé lo que me pasa que todas las mujeres que me gustan no me hacen caso. ¡Si yo tuviera valor!... Es decir, valor sí tengo, pero tengo más miedo que valor, que si no fuera por eso, cogería á ese Juan Manuel y le diría... Aquí no ronda nadie más que un servidor, y un servidor le pro-

hibe á usté que se acerque á esa puerta porque esa mujer es mía. Y él me diría: pues pa que no lo digas más, toma, y me daba dos patás, y entonces yo me volvía de pronto y le decía, toma, toma este asunto con más calma, porque no hay por qué enfadarse tan pronto, y pegar á un hombre por detrás es pegarle á traición; y entonces él me cogía por el pescuezo y yo le decía... (El Tío Cantares habrá salido momentos antes y en esta palabra, pone la mano derecha con cariño en el cogote de Pencho.) ¡Ay! (Asustado.) Hay que ser valiente, ¿verdá?

T. CAN. Valiente para los hombres.

PENCHO Y para las mujeres atrevido.

T. CAN. ¿Qué sabes tú, muñeco?

PENCHO ¿Que no? Ya lo creo; verá usté cuando yo me declare á Ana María y le pinte mi pasión en serio... por cuarta vez, cómo no me desprecia. ¿Qué le parece á usté?

T. CAN. Que eres tonto, ú no tiés espejo en tu casa.

PENCHO Pues no sé por qué dice usté eso, porque soy correcto en el físico y respecto á mis condiciones de ilustración, ya sabe usté que estoy en primero de latín.

T. CAN. Que lo estás estudiando ya lo sé, ahora lo que hace falta es que lo aprendas.

PENCHO Y en cuanto á mi belleza personal, ¿qué le parece á uste mi cara?

T. CAN. Un montón de grava.

PENCHO ¿Y mis pies?

T. CAN. Dos pies... cuadraos.

PENCHO No, señor; mis pies son diminutos; ¡demasiado pequeños para hombre!

T. CAN. Como que con esos pies no se va á ninguna parte.

PENCHO ¿Sabe usté lo que me hace falta para el completo de mi persona?

T. CAN. ¡Otros dos pies!

PENCHO No, señor; que el chaquet fuera un poco más largo, porque como es tan corto...

T. CAN. Pareces un gorrión sin cola.

PENCHO Si lo toma usté á broma...

T. CAN. ¿A broma yo? ¡Miá que tiés picardías!

PENCHO ¿Que si tengo? Y eso que no sabe usted que cuando estuve en Madrid por Carnaval aprendí una canción que decía: (Sin entonarlo.) «Tengo dos lunares» y como da la casualidad de que yo también tengo dos lunares...

T. CAN. ¿Conque dos lunares?

PENCHO Verá usted cómo la conquisto.

T. CAN. Sí, sí; á tí te dirá lo que á todos; lo que le acaba de decir á mi sobrino. «¿Me quieres? Pues véngame.» Pa que tú vayas á presidio y ella se quede tan fresca como si tal cosa hubiá pasao y eso es lo que yo tengo que impedir, porque es un chico bueno y honrao...

PENCHO ¡Pero no podrá usted impedir que yo la quiera!

T. CAN. ¿Quién, yo? Como si te quieres tirar de cabeza al pozo. Ahí la tienes. (Señala la casa.) ¿La quieres? Pues llámala y díselo y si tiés valor, mata.

PENCHO Hombre, matar precisamente, no; pero si yo viera al asesino de su padre le diría: «para otra vez tenga usted cuidao con lo que hace.»

T. CAN. ¡Vamos, tú eres tontico de nacimiento! ¿Pues no dices que eres tan valiente?

PENCHO Soy valiente, pero no para matar á nadie. Ahora voy á escribirle una carta declarándome y, dentro de un rato, vengo yo con los mozos, le canto la copla de los dos lunares y luego...

T. CAN. Viene Juan Manuel y te pega una patá en los dos lunares.

PENCHO Como no traiga bicicleta... No sabe usted la fuerza que tengo yo en las pantorrillas.

T. CAN. Bueno, bueno; ¡yo me lavo las manos!

PENCHO Voy á buscar á los mozos y ya verá usté cómo consigo que me quiera. (Vase izquierda.)

T. CAN. ¡Que la Fuensantica te acompañe!

ESCENA VI

TÍO CANTARES y ANA en la ventana regando las flores

T. CAN. (Allí está en la ventana.) Saluda, mujer, no seas orgullosa.

ANA ¡Buenas tardes! (Empieza á obscurecer; al final de la escena estará obscuro por completo.)

T. CAN. ¡Buenas te las dé Dios y muy alegres!

ANA ¡Ay, tío Cantares! pa mí son siempre tristes.

T. CAN. Porque tú quieres.

ANA ¡Porque Dios lo quiso!

T. CAN. Dios no se mete en esas cosas; nos echa al mundo y dice: «El que no sepa andar por él, que se fastidie.» Y hablando de otra cosa. Sal aquí, que tengo que hablarte.

ANA ¿Y por qué no entra usté?

T. CAN. Por... porque tengo miedo.

ANA Siempre está usté de broma. Vamos, (Saliendo.) ya estoy aquí.

T. CAN. Ya sabes tú el cantar:

«El hombre es ratón astuto;
la mujer es ratonera;
el ratón que es atrevido
ya sabe la que le espera.»

ANA (En broma.) ¿Y á qué viene ahora eso? Ni usté es ratón astuto para mí, ni yo puedo ser ratonera para usté.

T. CAN. No me hubieras dicho eso hace treinta años.

ANA Hace treinta años no había yo nacido, mal podría yo habérselo dicho.

T. CAN. Bueno; el caso es el siguiente. ¿Tú vas á contestarme la verdá á lo que te pregunte?

ANA ¿Yo? ¡Sí!

T. CAN. ¿Sí? Si me engañas, peor pa tí.

ANA ¿Y por qué le he de engañar?

T. CAN. ¿Tú quieres á Juan Manuel? (Pausa.) Contesta.

ANA ¿Yo? (Pausa.) ¡No lo sé!

T. CAN. ¿No?

ANA ¡Ya lo he dicho!

T. CAN. Entonces, ¿pa qué le engañas?

ANA ¿Yo?

T. CAN. Tú, sí; tú que le has dao esperanzas.

ANA ¡Mentira!

T. CAN. ¿Mentira yo? Ya pues agradecer que te vistes como los curas, que si no... (Pausa.) Tú no tiés corazón. Tú no tiés en el lao izquierdo más que rabia, odio á la humanidá, sí, á la humanidá; no creas tú que soy tan lerdo como parece, que yo he servío al rey, he corrío mundo y he aprendío muchas cosas, y sé que el corazón de la mujer es como los gatos; cuando tienen hambre piden, y después arañan la mano del que les da de comer.

ANA ¡Mal quiere usté á las mujeres!

T. CAN. Peor me han querío á mí ellas y por eso hablo.

ANA Usté cree que yo soy mala y no sabe usté ni aun lo que cree. Sola en el mundo, sin amparo de nadie, vilmente asesinado mi padre, ¿cree usté que yo puedo pensar en querer á nadie? No, yo no pienso más que en mi venganza. ¿Que odio á la humanidad? pues sí, tiene usté razón; en todas partes, en cada ser creo adivinar aquella mano criminal, el cuerpo del asesino, y hasta que vea en tierra su cadáver como ví el de mi padre, no empezará el mundo para mí; no cesarán mis odios.

T. CAN. Es que así no se puede vivir.

ANA Pues así he de vivir yo.

T. CAN. Pues si así has de vivir... desengaña á Juan Manuel.

ANA ¿Por qué razón?

T. CAN. Porque Juan Manuel no puede ser el instrumento de tu venganza; porque Juan Manuel no puede cumplir lo que te ha jurado porque...

ANA ¿Por qué?

T. CAN. Porque... no me da á mí la gana, ea, ya lo sabes; porque yo lo tengo que impedir.

ANA Su cariño le conducirá á mi deseo.

T. CAN. Otro cariño más grande y más justo se opondrá á tu infámia.

ANA ¡Lo conseguirá el poder de mis ojos!

T. CAN. Lo impedirá el poder de mi brazo, que tié más fuerza que tó tu cuerpo, porque tié justicia.

ANA Nadie en el mundo impedirá mi venganza.

T. CAN. Pues bien, te desafío. Sacia tu ira. Continúa estrujando tu corazón para que suelte sobre todos la hiel que tiene dentro, y cuando todos tengan para tí el veneno que tú has tenido para todos, comprenderás las amarguras que se pasan viviendo de ese modo, y entonces... entonces yo te cantaré una copla! (Empieza la música.)

ANA Desprecio su amenaza. El cumplirá mi voluntad.

T. CAN. ¡Nunca!

ANA Lo veremos. (Vase rápido derecha.)

T. CAN. ¡Lo veremos! (Idem izquierda.)

ESCENA VII

JUAN NANUEL y CORO de Caballeros; banda de bandurrias y guitarras, tercera izquierda. Se oye tocar dentro, y á los pocos compases salen cantando; luego ANA MARÍA, por la ventana, y el TÍO CANTARES á la puerta izquierda

Música

CORO

Cuando pasa la ronda
con las guitarras,
se asoman toas las mozas
á las ventanas,
porque llevan los mozos
en su canción
las dulces expresiones
del corazón.
Echa una jotica,
jotica murciana,
pa que la mocica
salga á la ventana.

Sal, morena, pronto,
sal, por compasión;
¡ay!
mira que te quiero,
mira que me muero,
mira que estoy loco,
niña, por tu amor.

—

J. MAN. Ni con ser el mar tan ancho,
ni con ser tan grande el cielo,
han podido compararse
al cariño que te tengo.

—

Con tus ojos solamente
pudiera el sol compararse,
él, me quema con sus rayos,
tú, me abrasas al mirarme.

—

CORO Sal á la ventana
tan solo un instante;
sal, morena, pronto
verás á tu amante.
Sal á la ventana,
sal, por compasión,
¡ay!
mira que te quiero,
mira que me muero,
mira que estoy loco,
niña, por tu amor.

—

(Continúa la orquesta durante el recitado siguiente.)

MOZO ¡Bien cantao!
J. MAN. ¡Se asoma!
MOZO ¡En marcha, muchachos! (El Coro se marcha tocando sin cantar.)
J. MAN. ¡Ana! (Ana se asoma á la ventana.)
ANA ¡Juan! ¡Te quiero!
T. CAN. (Asomado al quicio de su puerta de la herrería) (¡Infame!)
J. MAN. ¿Vendrás á Caravaca?

ANA ¡Al fin del mundo!
J. MAN. De madrugada vendré á buscarte.
ANA ¡Adiós! (Vase.)
J. MAN. ¡Adiós! (Vase.)
T. CAN. (Llegaré yo antes.) (Vase. Se oye lejos las guitarras y cae el telón para el)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Representa la carretera en las afueras de Murcia, donde se desarrolló la escena que da origen á esta obra, y que leyendo la escena tercera pueden ilustrarse los pintores. Hay que tener en cuenta un detalle: á la derecha ha de estar pintada la tapia del huerto de Ana María, que ha de tener la puerta cerrada, y en un extremo en la pared, y muy próximo á la puerta, una cruz mal pintada que indica que allí se ha cometido una muerte. Se verá la carretera, y como fondo de ésta grandes montañas: el cielo tempestuoso; á través de las nubes se verán los relámpagos, y al final del preludio, la luna iluminará la escena.

Gran preludio

descriptivo de los sucesos de la escena tercera; el preludio ataca al número anterior. Terminado el preludio se levanta el telón corto para el

CUADRO TERCERO

Representa una plaza de Caravaca. Es la tarde. Mucha luz. A la derecha en segundo término una gran fachada de iglesia con escalinata de tres peldaños; á la izquierda en primer término, fachada de una taberna. Los balcones y ventanas de la plaza, engalanados con colgaduras y flores.

ESCENA VIII

Aparece el CORO GENERAL, las señoras lucen ricos trajes, algunas parejas bailan, otras pasean; CHICOS y CHICAS, el DULZAINERO y el TAMBORILERC. A la izquierda junto á la taberna ANTONIO, el

TÍO PENEQUE y UN MOZO, viendo bailar. A poco salen ANDRÉS, el TÍO NELO y LA PERICONA, por el último término derecha

Música

CORO (Al levantarse el telón repique de campanas y cohetes.)
Hoy que es la fiesta
de Caravaca,
lucen las mozas
todas sus galas.
Suene el redoble
y la dulzaina,
mientras que alegres
los mozos bailan.

(Cesan las campanas y los cohetes, el Dulzainero toca y los Mozos bailan; terminado el baile sale Andrés.)

AND. (Saliendo derecha.)
Paso, que aquí vienen
dos buenas personas.

CORO ¿Quiénes?

AND. El tío Nelo
y la Pericona.

T. NELO (Saliendo con la Pericona.)
Salud, muchachos.

PER.ª ¡Hola, mocicos, hola!

CORO Dios guarde al tío Nelo
y á la Pericona.

T. NELO ¡También hoy en la fiesta
queremos bailar!

CORO ¿De veras? (¡Si no pueden
ni si quiera andar!)
¡Já, já, já!

T. NELO (Cogiendo de la mano á la Pericona y bajando al proscenio con ella; el Coro los rodea.)
Cuando tenía
yo veintidós...

PER.ª Cuando tenía
yo diez y seis...

T. NELO A ligereza
no me igualó...

PER.ª Ninguna moza
de las que veis.

MOZOS (Eso sería el año dos.)

MOZAS (Eso sería el año tres.)

PER.ª } En cuanto la dulzaina
T. NELO } su son alegre lanzaba al aire,
ya estaban el tío Nelo
y Pericona, echando un baile.

(El Dulzainero toca: el tío Nelo y la Pericona se entusiasman y quieren bailar; hay que advertir que no se pueden tener de viejos.)

Las piernas me bailan
cuando lo recuerdo.

T. NELO ¡Alza, Pericona!
PER.ª ¡Mueve el cuerpo, Nelo!
PER.ª } (Entusiasmados.)
T. NELO } ¡Dale á la dulzaina!
suena el parche bien.
Basta; yo no puedo (Se tambalea.)
me voy á caer. (Cesa la dulzaina.)

CORO (Sujetándoles.)
Pobrecitos viejos
se van á estrellar.
(Lo que es á sus años
no pueden bailar.) (Pausa.)

—

T. NELO (Muy fatigado.)
No puedo, Pericona.
PER.ª Ya lo estoy viendo, Nelo.
T. NELO Por poco si te estrellas.
PER.ª Es... que tampoco puedo.
CORO Por poco más se matan
los pobres viejecitos.
T. NELO No puedo, Pericona.
PER.ª Me pasa á mí lo mismo.
T. NELO (Abrazando á Pericona y muy triste.)
¿Te acuerdas de los bailes
que echabas con tu Nelo?
PER.ª Me acuerdo, pero ahora
ni tú ni yo podemos...
T NELO } (Abrazados.)
PER.ª } Marchemos á la iglesia
juntitos á rezar. (Se van á la iglesia.)
CORO ¡Pobres abuelitos,
ya no pueden más!

—

Suene el redoble
y la dulzaina
mientras que alegres
los mozas bailan.

(Toca el dulzainero. Gran algazara, todos bailan, los chicos saltan, suenan las campanas, cohetes y una gran animación. Terminado el número algunos entran en iglesia, otros pasean en segundo término. Cesan los cohetes y las campanas.)

Hablado

MOZA ¡Bien bailao!

AND. Pobres agüelicos; ya no puén con el peso de los años.

T. PEN. Por eso no bailo yo, para que no me tengan lástima y encima se rían de mis patimanes.

AND. ¡Pues lo que es de mozo ya habrá usté echao sus raticos!

T. PEN. Se ha hecho lo que se ha podío. En mi tiempo bailaba yo más que una peonza, pero agora los mozos teneis más suerte que en aquel entonces. Agora se baila más agarrao que suelto, y algo se pesca. Por entre nosotros, pasaba un regimiento sin tropezar; por entre vosotros ni un papel de fumar.

AND. Con la dulzaina, sueltos.

T. PEN. De toas maneras me ganais en baile.

AND. En baile no digo yo que no, pero en cambio á beber...

T. PEN. Pues no sé por qué lo dices, porque no he tomao en toa mi vida na más que tres borracheras.

AND. Sí, pero de veinte años ca una.

T. PEN. Así se me ha hecho la vida más corta.

AND. ¡Ya está usté bueno! Y usté, señor Antonio, ¿qué hace tan triste?

ANT. Yo siempre con mis penas.

AND. Cuatro años lleva usté en el pueblo, y ni una vez se le ha visto sonreir.

ANT. Cuestión de carácter. (Suena el órgano en la iglesia muy bajito.) Ya suena el órgano.

AND. En cambio á rezar no hay quien le gane.
(El Coro va entrando en la iglesia y los chicos.)

ANT. Cuando el hombre llega á viejo es cuando más necesita el consuelo de Dios.

AND. Por eso yo necesito el consuelo de la taberna, porque soy joven.

ANT. ¿Viene usté á la iglesia, tío Peneque?

T. PEN. Yo pa eso del consuelo soy un recien nacío.

ANT. Pues cada cual haga su gusto ó su conveniencia. Vosotros al vino, yo á mi devoción.
(Vase á la iglesia. Cesa el órgano.)

T. PEN. Que usté se alivie. Pues no creas tú que yo también soy devoto, sino que me tira más el olor del mosto que el de la cera; la cera me marea.

MOZO 2.º ¿Y el vino no?

T. PEN. El vino también, sino que la cera me marea con el olor y el vino con el sabor, y tié mejor sabor el vino que olor la cera. Si en la pila del agua bendita echaran vino, todo el día estaría yo diciendo: «En el nombre del padre... Amén Jesús.» (Se persigna, y al besar la cruz se chupa los dedos.)

AND.
MOZO 2.º } ¡Já, já!

AND. ¿Y sabe usted, tío Penaque, que el señor Antonio me da á mí que pensar? ¡Siempre tan triste! Del trabajo á su casa y los domingos á rezar.

T. PEN. Pues yo, por más que he hecho, no he podido averiguar su historia, y eso que lo que yo no güela...

ESCENA IX

DICHOS, ANA MARÍA y JUAN MANUEL muy pensativos por el último término izquierda

MOZO 2.º (Tío Peneque, forasteros.)

T. PEN. (Sí que es verdá. Y la moza es bonita porque Dios quiere.)

MOZO 2.º (Sí que lo es.)

AND. (Tampoco tiene mal tipo el mozo.)

T. PEN. (Tampoco, pero me gusta más ella.)

AND. (Toma, á mí también. ¡Qué cosas tiene usté!)

MOZO 2.o (¡Y están tristes!)

J. MAN. ¿Qué tienes?

ANA ¡Miedo!

J. MAN. ¿Miedo?

ANA Miedo, Juan Manuel; no sé lo que me pasa. Siento calor en mi frente, frío en las manos, y un no sé qué, que me aflige y me estremece. Creo cercano el momento de mis ansias, y una horrible angustia se apodera de mí. (Andrés estará fijándose en Juan como si quisiera conocerle.)

J. MAN. ¡No temas!

AND. Me parece que es... Usté dispense. ¿Por casualidad se llama usté Juan Manuel?

J. MAN. ¡Andrés! ¡Qué alegría! (Conociéndole.)

AND. Tío Peneque, si hemos servido juntos.

J. MAN. En Granada.

T. PEN. Dios guarde á usté y á esta buena moza.

ANA Dios guarde.

AND. ¿Y qué por el pueblo?

J. MAN. A las fiestas.

T. PEN. Pues mientras esa morena reza una salvecica en la Iglesia, nosotros echaremos un creo en Dios padre en la taberna. (Empinando el codo.)

J. MAN. Con mucho gusto.

ANA No tardes. (Vase á la iglesia.)

AND. El bueno de Juan... lo que nos hemos divertío.

T. PEN. Yo paso delante porque tengo que beber primero por ser mayor de edad. (Vase taberna.)

J. MAN. No faltaba más.

AND. ¡Qué alegría! (Vase taberna. Pausa.)

ESCENA X

La escena sola un segundo; vuelve á sonar el órgano muy bajito, que apenas se oiga. El TÍO CANTARES sale por la izquierda; reconoce la escena, se acerca á la puerta de la taberna y mira

T. CAN. ¡Ay! ¡respiro! Allí está. No quiero perderlo de vista. ¿Será capaz esa mujer de conducirlo al crimen? No; él es bueno; ya viene. (Se oculta detrás de la iglesia. Cesa el órgano.)

ESCENA XI

El TÍO CANTARES oculto; ANDRÉS y JUAN por la taberna

AND. ¿Conque no quieres otra copa?

J. MAN. No; ya sabes que yo bebo poco; además, me está aguardando esa.

AND. ¿Tu mujer?

J. MAN. No, mi novia.

AND. ¿Tu novia, y viene sola contigo? Vamos, sí; ya comprendo... Siempre fuiste un tunarra...

J. MAN. Te digo que es mi novia, y nada más.

AND. Bueno, hombre, bueno, yo había creído... no te incomodes. (Está triste.) Pues yo voy á echar otro traguillo. ¿Nos veremos luego?

J. MAN. Sí.

AND. Pues, adiós. (¿Qué le pasará?) (Andrés vase á la taberna, Juan se dirige á la iglesia y el tío Cantares le corta el paso.)

ESCENA XII

JUAN MANUEL y CANTARES

T. CAN. Juan Manuel, escucha.

J. MAN. (Sorprendido.) Tío Cantares, ¿usté aquí?

T, CAN. ¿Y qué te extraña? ¡Yo, que he venido de Murcia en busca tuya!

J. MAN. ¿En busca mía? ¡Me asusta usté!

T. CAN. Pues no te asustes porque vengo á evitar una desgracia; ¡vengo á salvarte! Anoche, después de la ronda, salí á mi puerta á escuchar lo que hablabas con Ana, y pude convencerme de tu falta de sentío y de su infamia.

J. MAN. ¡Tío!

T. CAN. Hijo, por el respeto que me tienes, por el cariño de tu padre, yo prometo decírtelo todo. Desiste de esa idea; tú no puedes llegar á donde te lleva esa mujer.

J. MAN. ¿Que no? ¿Quién lo impide?

T. CAN. Tu propia conciencia, tu corazón, tu hombría de bien.

J. MAN. ¡Tío,.. estoy loco por esa mujer y voy á hacer justicia á su venganza, á ese crimen infame!

T. CAN. Pues bien, ya que lo quieres escucha, desgraciao, y juzga por tu propia conciencia. Conocen esa historia, Dios, (Muy bajito.) el asesino... y yo.

J. MAN. ¿Usted?

T. CAN. Calla, baja la voz. El mismo día en que ocurrió el suceso estuvo la víctima en Murcia en casa de una familia honrada, á cobrar una miserable cantidad que un pobre anciano le debía. La miseria en que les había colocado el abandono de un nieto ingrato, impidieron que el viejo pagara aquella deuda. Ni las súplicas, ni las promesas, ni el llanto, fueron suficientes á calmar la ira de aquella fiera, que, ciego de furor, sin pizca de conciencia y sin respeto á la nieve que cubría la cabeza del anciano, se arrojó sobre él, lo golpeó, y ya en el suelo, se cebó en aquel cuerpo indefenso de tal manera que hizo brotar la sangre de sus venas. Satisfecho de su crimen, dejó la casa diciendo al moribundo: «Así cobran los hombres como yo.» Llegó su hijo y al ver el triste cuadro, su padre agonizante, que apenas tuvo tiempo de contar lo ocurrido, sintió que su cabeza se encendía, cogió la faca y... ¿qué hubieras tú hecho?

J. MAN. ¡Hundirla en su corazón cincuenta veces!

T. CAN. Pues eso hizo él: buscar al criminal y clavarle el cuchillo en su corazón. ¡Así vengan los hijos á sus padres!

J. MAN. (Comprendiéndolo todo.) ¡Dios mío!

T. CAN. ¿Adivinas quien fué?

J. MAN. Silencio, viene gente.

ESCENA FINAL

ANA MARÍA por la iglesia, loca, convulsa, completamente despavorida, apenas puede bajar los escalones, por la precipitación; detrás algunos individuos del Coro; detrás, á tiempo justo, ANTONIO, y luego el resto del Coro, todos por la iglesia. Al mismo tiempo el TÍO PENEQUE, ANDRÉS y el MOZO, por la taberna

ANA Juan Manuel; ya... allí... por fin... ahí viene. (Abrazándole con locura.) Mi alma, mi vida, mi cariño... todo, todo es tuyo. ¡Véngame! (En este momento se presenta Antonio en la puerta de la iglesia. Ana María da un grito horrible.) ¡¡¡Ah!!! Mírale, ese es.

J. MAN. (Se vuelve de pronto y al ver á su padre queda horrorizado; todo esto muy rápido.) ¡Eh! ¡Dios mío!

T. CAN. (Gritando.) ¡Antoniooo!

ANT. (Viendo á su hijo baja precipitadamente la escalera, abrazándole con locura.) ¡¡Hijooo!!

J. MAN. ¡Padre... padre de mi alma! (Quedan abrazados hasta el final.)

ANA. (Con horrible amargura.) (¡Su padre!) ¡Tío Cantares!

T. CAN. (Dirigiéndose á Ana y señalando al grupo) ¿Lo ves? ¡Anda, dile ahora que lo mate!

ANA. ¡Dios mío! (Cae desmayada sobre el tío Peneque y el Mozo 2.° que estarán á la izquierda. Cuadro á conciencia del director. Fuerte en la orquesta y telón ni rápido ni lento.)

FIN

ADVERTENCIAS

Todos los personajes, menos los gitanos que hablan con acento andaluz, hablarán en marcado acento murciano.

Juan-Manuel, es el que menos acento tiene por la razón de hacer seis años que falta de la región.

Ana-María, viste toda la obra con traje de huertana modesto y negro.

El Coro, viste en el primer cuadro con traje de pueblo y en el tercero con ricos trajes de la huerta de Murcia.

Los chicos y *chicas,* siguen el mismo orden; los chicos y chicas no son indispensables pero sí son necesarios, pues es lógico que se vaya introduciendo en el teatro la costumbre de que salgan chicos en las obras; pues parece que en el mundo teatral no hay más que personas mayores.

Los gitanos, desarrapados.

Pencho, es feo y muy pecoso de viruelas.

El dulzainero es preciso y debe procurarse que salga y toque en escena; en caso de imposibilidad, puede sustituirse con el oboe, pero siempre sonando en escena.

La decoración del segundo cuadro es indispensable y así lo exigirán los representantes de la *Sociedad de Autores* en las capitales de provincias: en los pueblos. . que hagan lo que puedan.

La banda de bandurrias y guitarras da gran animación al número, pero en caso de no encontrarse, la sustituirá la orquesta.

OBRAS DE VENTURA DE LA VEGA

Zarzuelas en un acto:

El licenciado de Villamelón (1).
Los modelos (2).
Jai-Alai (3).
La cuadrilla del cojo.
Cambios naturales.
Toñuela la Golfa.
Don Tancredo (2).
La chiquilla.
El curita.
La huertanica.

Comedia en un acto:

Los de Badajoz.

(1) En colaboración con E. Ruiz Valle.
(2) Idem íd. con J. Arqués.
(3) Idem íd. con J. de la Cuesta.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la Sociedad de Autores Españoles.